

Volumen XXI Noviembre 1.º de 1926 Número 210

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

**Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura**



Nova et vetera

BOGOTA

IMP. DE «LA LUZ»—CARRERA 7.ª, NÚM. 590

MCMXXVI

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, noviembre 1.º de 1926

CONTENIDO

<i>Il poverello</i>	LUIS MARÍA MORA
<i>Recuerdos de Lima</i>	N. GARCÍA SAMUDIO
<i>Sermón predicado en la fiesta de « La Bordadita »</i>	ALVARO SÁNCHEZ
<i>Historia de un soneto, o un soneto de historia</i>	F. RODRÍGUEZ MARÍN
<i>Elogio de San Francisco de Asís</i>	M. SAAVEDRA GALINDO
<i>Juan Luis Vives</i>	PABLO PATIÑO BERNAL
<i>Notas Bibliográficas</i>	FRANCISCO M. RENGIFO
<i>Discurso de clausura de estudios</i>	GERARDO ARRUBLA
<i>Clausura de estudios en 1926</i>	
<i>Grados en octubre</i>	
<i>Índice del año XXI</i>	

IL POVERELLO

Las fiestas que la orden franciscana, en sus diversas manifestaciones, ha dedicado al pobrecillo de Asís, son dignas del admirable santo y dignas también de la capital de la República. No se ha limitado la comunidad franciscana a obras de mera piedad, sino que le ha dado al séptimo centenario un carácter eminentemente artístico y social, en el cual han sobresalido en lujo de saber y elocuencia los hijos de San Francisco. De todos los opuestos puntos de la nación han llegado llenos de entusiasmo, los frailes menores, el amoroso rebaño del Pastor de Asís, y bien puede enorgullecerse la orden del maravilloso éxito alcanzado. Conferencias luminosas, exhibición de primorosas obras de arte femenino, exposiciones de pintura y escultura franciscana, veladas líricas, asambleas obreras, nada ha faltado en este concierto bellísimo de piedad, ciencia y cultura.

Y es que el mundo entero, sin distinción de religiones ni creencias, se ha puesto de pie para saludar al Cristo nuevo de Umbría, que ha hecho como una súbita, gloriosa y solemne aparición a los setecientos años de haberse reclinado dulcemente en brazos de su hermana, la muerte corporal.

Los dos hombres más grandes del mundo en la época

presente, reinado oscuro de las medianías, han hecho oír su voz desde la península asombrosa que arrullan el Adriático y el mar Tirreno: D'Annunzio y Mussolini; el poeta ornado con el laurel crecido en los bosquecillos del Lacio y el último de los Césares de Roma. Uno y otro han considerado que la patria italiana, la hija predilecta del arte, la señora de la belleza, la emperatriz de la poesía, reclama como uno de los títulos más excelsos de su historia la aparición milagrosa del penitente de Asís.

¡Qué hermoso es el mensaje de Mussolini a los representantes de Italia en el extranjero!

«San Francisco se levanta de repente como transfigurado sobre el agitado fluctuar de las pasiones del siglo, abrazando con la cruz en la descarnada mano la enseña gloriosa de la caridad y de la paz. Restaurador de la religión de Cristo, es uno de nuestros primeros poetas, y de cierto el primero que da a la poesía de los orígenes un contenido característico, profundo y universal. En la lengua en que un siglo después Dante escribía la divina comedia, él, el santo de la pobreza, compone el *Cántico de la criaturas*. El fervor de los apóstoles revive repentino y arrollador, en su alma de italiano, esquivo al reposo y no satisfecho en los límites de su tierra, demasiado pequeña para su ansia de prodigarse.

«La nave que lleva a oriente al heraldo de la inmortal doctrina, acoge sobre la proa infalible el destino de la estirpe que vuelve al camino de los padres. Y los seguidores del santo, que después de él marcharon al Levante, fueron a la vez misioneros de Italia. Mientras sobre la tumba venerada en la pendiente del Subasio se encendía una luz sin ocaso, se levantaron las nacientes artes italianas y erigieron en un magnífico ímpetu de reacción el templo de la más sugestiva be-

lleza. Surgieron así la actividad y el arte franciscanos, que, impregnados de forma italiana, irradiaron por el mundo. Y aún hoy, por todas las tierras de todos los continentes, el esplendor o humildad de las obras construídas o sufridas en nombre del Santo, son una huella de nuestra patria».

Mussolini habla con este alto orgullo de la gente italiana, porque la Italia de hoy, engrandecida y armada con el rudo poder de las camisas negras, no es ya la Italia de otro tiempo, en que sobre ella echaba sus garras el Austria poderosa y los tercios españoles paseaban en triunfo sus estandartes, a través de las rientes campiñas de un pueblo de sabios, artistas y conquistadores.

La Italia de hoy no es la Italia que en versos desoladores cantaba Leopardi:

Dove sono i tuoi figli? Odo suon d'armi
E di carri e di voci et di timballi:
In estranie contrade
Pugnano i tuoi figliuoli,
Attendi, Italia, attendi. Io veggio, o parmi,
Un fluttuar di fanti e di cavalli
E fumo e polve, e luccicar di spade
Come tra nebbia lampi.
Né ti conforti? e i tremebondi lumi
Piegar non soffri al dubitoso evento?
A che pugna in quei campi
L'itala gioventude? O numi, o numi!
Pugnan per altra terra itali acciari.
Oh misere colui che in guerra é spento,
Non per li patrii lidi e per la pia
Consorte e i figli cari,
Ma da nemici altrui,
Per altra gente, e non può dir morendo:
Alma terra natia,
La vita che mi désti ecco ti rendo.

Nunca en su vida incomparable de divina humildad pensó el pobrecillo de Asís, *il poverello*, que a tanto alcanzara su influencia en las más remotas edades. En sus místicos sueños de sus desposorios con la pobreza, jamás se imaginó que fuera tan duradero y opulento su triunfo, tan profundo el prestigio de su vida sencilla, en el alma de las multitudes. Dulce sonrisa de humilde desdén hubiera contraído sus labios, si alguno le hubiera dicho que así demacrado, desfalleciente y todo, iba sembrando con cada una de sus obras y palabras los gérmenes de una esplendorosa renovación política y artística en el mundo: la política viviente y única del amor y el sentimiento puro y hondo de la naturaleza.

Las imágenes de Cristo habían perdido todo el encanto de la vida; pero fue aparecer el celestial amante de la pobreza, cuando a su influjo divino se animó con soplo de verdad inextinguible la sacrosanta figura de nuestro Redentor en la cruz. Se entreabrieron sus labios, como una roja y palpitante flor, en las supremas angustias de la agonía; se iluminaron con la luz del paraíso esos ojos próximos a cerrarse en el más extraordinario de los desconuelos; floreció de nuevo la púrpura de su sangre en las manos extendidas sobre el madero; rosas de infinita frescura brotaron de sus plantas heridas, y su frente inclinada sobre el pecho le dijo a los hombres más que todas las palabras del mundo.

Todo lo que dijo e hizo el pobrecillo de Asís tiene el sello de la obra sobrenatural y divina; pero más que en las historias auténticas nos place contemplar a Francisco a través del limpio y claro cielo de *las florecillas*. Son éstas (los evangelios apócrifos del nuevo Cristo), y allí es donde atrae el alma rodeado de alondras y tortolillas, platicando con los lobos e infundiendo amor sobrehumano en el pecho de los frailecitos menores, sus

hermanos, la manada de ovejas conducida a la fuente del amor eterno por el pastor celestial de la Umbría.

Aun en la vida del santo, el ideal de pobreza que él aconsejaba y cumplía les pareció difícil a muchas de sus hermanos. Algunos de ellos, como fieles corderillos, alcanzaban, aunque faltos de fuerzas, a la cumbre a donde los llamaba con su silbo encantado el padre de Asís; otros se quedaban tendidos a la mitad del camino, y otros nunca creyeron poder subir a tamaña altura. Dos veces redactó San Francisco la regla de su orden y dos veces les pareció demasiado dura a los simples mortales que lo acompañaban. ¡Era difícil en verdad para las flacas fuerzas humanas seguir paso a paso las huellas sin igual del místico religioso!

Para él como para sus hermanos, dice un autor encantado por San Francisco, «el hombre de Dios no quería sino cabañas de madera, muy pobres, jamás de piedra. Las raposas tienen sus guaridas y los pájaros sus nidos, decía él, y el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza. De aquí la prohibición a los monjes de habitar bajo un techo cualquiera cuyo propietario no conociesen. Peregrinos de paso por la tierra no debían vivir sino como extraños siempre en camino hacia la patria eterna. Un día como un hermano preguntase a otro: ¿De dónde vienes tú? Este le respondió: De la celda del hermano Francisco. Pero Francisco que lo había oído, exclamó en el instante: ¿Cómo te has permitido dar mi nombre a esta celda como si fuera mía? Búscales otro ocupante. A ella no volveré nunca».

Pero entre esta manada de ovejas escogidas surge en la humilde grey de San Francisco, a manera de viviente contraste, la figura saliente y ambiciosa del hermano Elías, el primer superior de la orden después de la muerte del santo. Este tal hermano es el reverso del pobrecillo de Asís; es el tipo del advenedizo e in-

trigante de todos los tiempos. Nosotros lo vemos todos los días paseándose muy orondo por las calles de Bogotá. En su juventud había hecho innumerables oficios en el pueblo de Asís. Había sido después maestro de escuela, notario, abogado. Bien pronto olió el glorioso porvenir de su noble paisano y resolvió asociarse a él con tenaz energía. Las florecillas miran de reojo al hermano Elías y dudan un tanto de su salvación eterna. Era este metemuertos uno de los que más anhelaban la flojedad de la disciplina franciscana, y de los que habían concurrido al monte Colombo en el momento en que Francisco dictaba su última regla bajo la inspiración de Cristo. Encabezaba nada menos que una especie de rebelión contra el puro ideal franciscano. Solemne visión conjuró por entonces el peligro.

A la audacia y a la bellaquería agregaba el hermano Elías la fingida virtud del fariseo. Cuando Francisco agonizaba, entre tenaces dolores, hizo que sus hermanos cantasen su cántico sublime al sol, himno grandioso a la naturaleza y a la vida. Mostróse Elías escandalizado y dijo: «Muy querido padre: me consuela mucho y edifica mucho tu alegría y la de tus compañeros en medio de tales sufrimientos. ¿Pero no temes tú que la gente de Asís, a pesar de la veneración que te tiene, se admire porque ve ya próximo tu fin, de que tú cantes día y noche y diga: Cómo se muestra tan alegre en las últimas; cómo no medita sobre la muerte?» El bienaventurado Francisco le respondió que lo dejase cantar a Dios y entonar sus alabanzas, porque unido estaba y junto al trono del Altísimo.

No se habían enfriado aún las cenizas del pobrecillo, cuando el hermano Elías le soltó las ligaduras todas a su prodigiosa actividad. Carácter ardiente y emprendedor, sometió, quieran que no quieran, a su impetuosa voluntad los humildes frailecillos, sus hermanos, más

hechos para la obediencia y la oración que para los placeres del mundo. Regaló su mesa con exquisitos manjares e hizo servir por lujosos pajecillos. Los frailes menores desaprobaron su conducta, pero todo fue en vano. Cayó en desgracia del Papa y alióse con su enemigo, Federico II, el de las dos Sicilias, que estaba excomulgado. La fortuna le sonrió en su patria y fuera de los términos de ella; y aunque es verdad que tenía más vocación para la lisonjera y brillante vida palaciega que para la inocente vida franciscana, ello es cierto que el arte le debe a él la grandiosa basílica de Asís. No se sabe si era arquitecto o no, aunque juzgan esto muy posible. No obstante todos los historiadores lo consideran como el alma de aquella gran fábrica, que es pórtico admirable del Renacimiento. Hay que darle gracias al hermano Elías. Si no era dócil a la disciplina y al cilicio, sí estaba formado de la recia textura de los grandes hombres de acción, a quienes la posteridad alaba en sus obras y disimula en sus defectos.

Paralela a la orden franciscana marcha en la historia la gloriosa orden de los predicadores. Pero cada una de estas religiones tiene su sello propio, relevante, inconfundible. A la orden de Domingo de Guzmán pertenecen los filósofos austeros, los razonadores estrictos, los ardientes defensores de la fe, los jueces inflexibles y de corazón de acero. A la orden de San Francisco pueden aplicarse las palabras de Pascal: el corazón sabe razones que la razón no sabe. La filosofía de los dominicos es la de Santo Tomás de Aquino, que tiene toda la rigidez, la fuerza y el encadenamiento de la geometría. La filosofía franciscana tiende a Platón, con San Buenaventura a la cabeza. La dulzura de estos padres que siguen el evangelio del Serafín de Asís es un manantial inagotable, y sus aguas servidas en tocco

vaso de pobre arcilla son las que ha confortado millares de almas a quienes no vencieron ni sorites ni entimemas, ni duros silogismos.

Y el que quiera convencerse de lo que vamos diciendo, encamínese a San Diego; pase de largo ante los rumorosos árboles del Bosque de la Independencia; evoque un momento la memoria grandiosa de Ricaurte y Girardot; y luégo penetre en la iglesia del viejo convento, a cuya puerta extienden sus ramas algunos arbustos enanos, ya casi marchitos. Aspire las flores de esa iglesia que tiene todo el encanto de la vida santafereña, y en seguida platique un instante en la sacristía, a media voz, con el anciano morador de ese templo vetusto. No hay nada más sencillo que este hombre. El orgullo y la soberbia que todos llevamos en el corazón quedan vencidos a las plantas del octogenario anciano, como el lobo de Gubbio a los pies del pobrecillo de Asís. Queremos decir todo esto en secreto, sin que él lo sepa nunca. A la vista de su frente despejada, sin una sola nube, comprendemos la infinita placidez de las almas enamoradas de Jesucristo, y ante la verdad de su leve sonrisa de benevolencia sin medida, huyen de nosotros todos los vanos pensamientos.

Cuando el viejo mundo en las agonías de una civilización que fenece, mire desaparecer todas las ideales que fueron su triunfo y su gloria; cuando la fuerza bruta impere otra vez sobre las ruinas de todas las creencias; cuando las banderas rojas ondeen sobre los campanarios católicos, entonces la América latina alzaré en sus manos vigorosas la noble bandera de la raza, y con tal que en ella se ostente el escudo del Serafín de Asís y la enseña de Cervantes, no habrá peligro ninguno para estas tierras adivinadas por Colón!